

Dos metros son suficientes por NoraCastro

-El calor de aquel agosto del 36 no fue como los demás –continuó-. Poco antes los periódicos habían dejado columnas enteras en blanco. Algunos decían que era por la censura, yo creo que habían dejado aquellos espacios para los nichos de los asesinados que iba a haber.

En aquel momento se detuvo. Sin dejar de mirar por la ventana, tomó su vaso y le pegó un sorbo corto mientras sonreía levemente.

-Me contó poco sobre todo aquello. Él bien sabía que era mejor no hablar. Por aquel entonces ser periodista no era fácil.

Bajó la mirada al suelo, como si estuviera recordando algo. Después me miró a los ojos y comenzó su historia:

-Pero sí me contó sobre una niña. Habían pasado dos o tres días de aquello de la plaza de toros y una muchacha, de no más de ocho o diez años, había aparecido deambulando por las calles de Badajoz. Fue entonces cuando **me acordé de los del 25 de marzo** y se lo dije. Estaba seguro que aquella cría, con un aspecto rural, habría perdido a su familia en los fusilamientos orquestados por Yagüe. Imagínate a la pobre niña. Perder a sus padres, fusilados, unos pobres agricultores que difícilmente sabrían leer... Fue un milagro que no perdiera la cabeza con eso.

En ese instante se detuvo como para coger aire y, acariciando el borde del vaso, siguió.

-La cría fue acogida por una familia de un pueblo cercano, pero él, que la había encontrado, siempre mantuvo una relación de amistad con ella e iba a visitarla con frecuencia. Creció y cuando se hizo moza se marchó a servir a una familia del Régimen a Burgos. ¡Ah! Bien sabía ella que era allí a donde tenía que marcharse. Sirvió a varias familias y pronto terminó donde ella quería. Ocultó su origen y logró entrar a servir a la casa de aquel *carnicero*. Tenía muy claro cuál era su lucha en aquella guerra, su propia guerra, y tenía muy claro su objetivo... Aquel Ministro del Aire tuvo su muerte sellada desde que la muchacha entró a su casa. Ella sola iba a luchar y a vengar a todos aquellos agricultores fusilados por aquel animal.

Cogió el vaso y le pegó un trago tan grande que una pequeña gota se le salió por una de las comisuras de la boca. Se limpió y se incorporó con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

-¡Ja, un cáncer de pulmón! Eso dijo la “*prensa*”, pero yo sé que no fue así. Mira, no sé cómo lo hizo pero a aquel cabrón se lo cargó aquella cría. El Régimen lo ocultó, claro, pero yo vi la carta que le envió. En ella decía que lo había hecho por los del 25 de marzo. No sé cómo lo hizo, pero vengó a sus padres y a todos los que araron la tierra aquel día y que por ello recibieron la muerte. Hazte una idea de lo que tuvo que pasar por su mente todos esos años. La lucha interior de tener que fingir para llegar a servir al asesino de su familia. Quizá sí que perdió la cabeza después de todo. Pero imagínatelo, tragar con todo solo para llegar hasta allí, aguantarse las ganas de cargártelo en el mismo momento de tenerlo delante y aún así lograr hacerlo lentamente, mientras ella veía cómo vencía, cómo le iba arrebatando la vida, cómo le iba derrotando estando él en lo más alto del Gobierno.

Finalmente se reclinó sobre el asiento con cara de una enorme satisfacción y se acabó el vaso de un trago.

-Nunca sé si se podrá vengar a todos aquellos pobres hombres y mujeres, pero lo que sí sé es que un hombre necesita muy poca tierra, apenas dos metros son suficientes. Eso sí, para aquel *carnicero* de Yagüe, para abrirle el camino hacia los infiernos, hicieron falta dos mil pacenses arando la tierra para enterrar a ese cabrón.